



XXIV Premio Cachivaches

QUIEN ES INCAPAZ DE PERDONAR, NO PUEDE SER FELIZ

Lema: *Zarabanda*

*Estamos hechos de la misma materia que los sueños
y nuestra breve vida concluye con otro sueño.
William Shakespeare. La tempestad.*

La fractura de la cuerda recordó a un delicado disparo y la música cesó al instante, como si las notas hubiesen llegado a una meta inesperada. La capilla se vio cercada por ese silencio estable que solo se da en los lugares de culto. El tibio fulgor de los candelabros y el incienso que provenía de un pebetero, hasta ese momento eclipsados por la música, recuperaron su impronta.

Más que sorprendida, contrariada, Inés desvió los ojos hacia la boca de la guitarra. Como era de esperar la cuerda se había partido en el punto de máxima tensión, cerca del puente. Ahora la mayor parte de la misma se encontraba en el mástil, desfallecida sobre los trastes. Inés se miró las huellas de bronce que subrayaban las yemas de sus dedos. «Tengo que imprimir menos fuerza en los ligados», se resignó a la par que buscaba el estuche de la guitarra. El enojo fue pasajero. Al fin y al cabo no había testigos de su torpeza; solo se trataba de un ensayo a una hora en la que no había feligreses. Inés le había pedido al párroco poder comprobar la sonoridad del recinto, tan distinta al eco seco que le devolvían las paredes de su apartamento. Lo último que deseaba el día del concierto era verse

sorprendida por una molesta reverberación que le arruinara esa pulcritud en la interpretación de la que ella hacía gala.

Justo cuando Inés estaba abriendo los cierres del estuche, los goznes del portón emitieron un sonido agudo y prolongado. Ante la avalancha de luz, los abalorios de los santos refulgieron y las llamas de las velas se inclinaron siguiendo la corriente inesperada de aire. La claridad que provenía del exterior recortó tres siluetas sorteando el umbral del portón. Los goznes volvieron a chirriar y la lóbreguez regresó al recinto. Inés estiró los ojos por si entre los recién llegados se encontraba el párroco, con quien tenía que ultimar los detalles del concierto. Pero no se trataba del párroco, sino de dos mujeres y un anciano. Este último llevaba gafas oscuras y avanzaba asido del brazo de una de las mujeres. La cabeza bien en alto con la mirada fija en un punto indefinido. Sin más datos objetivos, Inés entendió que aquel hombre era ciego.

El anciano y la mujer a la que asía del brazo se sentaron en un banco cercano al altar. Mientras Inés colocaba la guitarra en el estuche, la otra mujer se acercó hasta ella.

—Perdone que la importune, pero si no es mucha molestia le rogaría que tocara un poco más para nosotros. Hemos estado escuchándola fuera de la capilla para no interrumpirla.

Inés se apresuró a excusarse:

—Lo siento. Se me ha roto la sexta cuerda, y como era un ensayo, no me he traído ninguna de repuesto.

La mujer expresó con los ojos el alcance de su desilusión.

—Acaba de fallecer nuestra madre. Veníamos a rezar una oración. —Y señalando con el mentón al anciano ciego, añadió—: Mi padre está muy afectado.

Inés permaneció en silencio sin saber qué responder. Nunca se había visto en una tesitura parecida. Dio por descontado que tenía que tocar, ¿pero el qué? Lo primero que pensó fue en ejecutar una pieza trasladando las notas más graves a la quinta cuerda. Tal artimaña lastraría la ejecución, eso sin contar el esfuerzo en la apertura de la mano izquierda

al que se vería obligada. En estas se fijó en el clavijero. En el carrete de la sexta cuerda había un remanente importante. Si la desenrollaba teniendo cuidado de no deshilar el entorchado, podría volver a intentar empatarla en el puente por el extremo roto. En sus comienzos lo había hecho en infinidad de ocasiones. La cuerda habría perdido parte del tono, eso era inevitable, si bien el resultado final sería preferible a tocar sin ella.

Ante la mirada curiosa de la mujer, comenzó a desenrollar la sexta cuerda y en unos segundos esta ocupaba su posición original. Inés volvió a sentarse en la silla que le había proporcionado el párroco, y mientras afinaba la guitarra, la mujer regresó con los suyos.

Sin saber descifrar los motivos, Inés se sentía nerviosa. Ella, que había tocado ante exigentes auditorios, se resistía a actuar frente a aquel reducido grupo. «Es por la falta de partituras. Solo venía a comprobar la sonoridad de la capilla», se dijo a modo de disculpa. Un pensamiento inesperado atravesó su mente. Para tocar una composición propia no necesitaba partitura alguna. Se sabía las piezas de memoria. Inés había destacado en su faceta de concertista antes que de compositora, por la sencilla razón de que nunca se había atrevido a tocar sus obras en público, menos aún a ofrecérselas a un editor musical. En esas piezas había puesto tanto de ella misma que no quería exponerlas al fracaso. Tenía la certeza de que no podría recuperarse de un revés así. No obstante, si alguna vez había existido un momento propicio para tocar una obra suya, sin duda era ese.

Inés recolocó la guitarra entre las piernas y tras respirar profundo, anunció:

—Esta pieza lleva por título “Corazón de hierro, cuerpo de cartón”. La compuse en un momento especialmente difícil...

Cuando iba a completar la frase, Inés se interrumpió a sí misma rasgando el primer arpeggio. Un sonido limpio y penetrante recorrió los recovecos de la capilla y tras rebotar en el portón, regresó con violencia. Una nota rezagada se estrelló contra la campanilla del altar, lo más parecido a una punzada en el pecho. Las dos mujeres, atónitas,

intercambiaron una mirada rápida. Inés ejecutó el segundo arpegio y a partir de entonces nada la detuvo. Una melodía sólida y a su vez estremecedora se interpuso a la luz cerúlea de los candelabros. Los dedos de Inés y las notas se fundían en una música desprovista de cualquier artificio, con escalas que se elevaban y caían en un efecto demoledor. A pocos metros, y a pesar de la tristeza del momento, las mujeres y el anciano esbozaron una sonrisa sincera. La melodía perfilaba sus facciones, ahora nítidas, sin máculas ni sombras de contrición. Todo era mágico y real. Todo tenía un sentido. La injusticia, el dolor, las enfermedades se revelaban como peajes necesarios, porque solo desde la imperfección se puede componer una obra maestra.

Inés terminó la pieza llorando. Un mosaico mal ajustado vibró en lo alto. Durante unos instantes nadie se movió de su asiento. Entonces el anciano le pidió a una de sus hijas que le acercara hasta el altar. Allí Inés, aún emocionada, se disponía a guardar la guitarra en el estuche.

—Muchas gracias por su música —le dijo el anciano.

Limpiándose las lágrimas con la bocamanga, Inés respondió hipando:

—Era lo menos que podía hacer.

—Lamento decirle que he percibido mucho dolor en esa melodía.

Ella se aupó de hombros.

—Nunca pensé que sería capaz de transmitir algo así.

—Es muy difícil encontrar a un artista dispuesto a expresar sus sentimientos con la sinceridad que usted lo ha hecho. Esa obra es una síntesis de emociones.

Inés se puso a la defensiva.

—¿Qué más ha percibido?

El anciano midió el efecto de sus palabras. Lo último que deseaba era ser grosero.

—Un sabio griego era de la opinión de que para descubrir la verdadera esencia de las cosas lo primero que uno debe hacer es desacreditar a sus sentidos. Yo he perdido el sentido más apreciado, la

vista, por lo que me veo abocado a guiarme por los sonidos. En esa música hay rencor, créame, un rencor insondable.

Inés se había ruborizado. Suerte que para ese hombre su rubor pasaría desapercibido. Intentó dar por zanjada la conversación.

—Bueno, me imagino que será como usted dice. En el ADN humano está el ansia de revancha, ¿o me equivoco?

—Ha sido muy amable con nosotros. A cambio me gustaría revelarle un enigma que he resuelto con los años. Se trata de un trastorno que la mayoría de las personas padece sin saberlo, pues pertenece al rango de preceptos que el corazón prefiere ignorar. Dice algo así como: quien es incapaz de perdonar, no puede ser feliz.

El anciano se giró buscando el brazo de su hija y acto seguido los tres abandonaron la capilla.

Inés permaneció de pie, aturdida. En breve la turbación dio paso a la indignación. ¿Quién se creía ese anciano para juzgarla? Ella no le había pedido su estúpido consejo. Terminó de recoger sus cosas y salió a la calle.

Fuera de la capilla los colores recuperaron su vitalidad. Inés se dirigió a la parada del autobús y se subió a uno que pasaba cerca de su apartamento. Por suerte consiguió un asiento al lado de la ventanilla e intentó abstraerse mirando a través del cristal. Los cúmulos recordaban calcomanías sobre una piel violácea. En la mente de Inés aún resonaba el incidente en la capilla, produciéndole sentimientos encontrados. Ciertamente por primera vez se había decidido a tocar una pieza suya. Nunca había tenido el valor de hacerlo temerosa de una crítica desfavorable. Prefería utilizar un repertorio conocido que le asegurase el favor de la audiencia, a ser posible desde la primera pieza. Solo entonces se sentía a salvo. Y a pesar de que su obra había encandilado a ese público inesperado, el anciano lo había echado todo a perder con sus insidiosas observaciones.

Mientras el autobús encaraba una cuesta prolongada se vieron sorprendidos por un atasco repentino. El ascenso era tan lento que los viandantes que subían la cuesta lo hacían a la par que el autobús. En cuanto este arrancaba los dejaba atrás, pero cuando se volvía a detener lo

alcanzaban de nuevo. Entre ellos Inés se fijó en un hombre que llevaba de la mano a un niño de unos seis años. La acera era estrecha y muchas personas caminaban en sentido contrario, pero el niño avanzaba confiado de la mano del adulto. Por culpa de un reflejo Inés vio su rostro superpuesto en el cristal. Los labios se movieron sin moverse. «Quien es incapaz de perdonar, no puede ser feliz». De inmediato se levantó del asiento. Entre las quejas de los demás pasajeros, se dirigió arrastrando el estuche de la guitarra hasta el centro del autobús. Estaban en mitad del atasco, sin ninguna parada a la vista, aun así, consiguió que el conductor le abriera la puerta a fuerza de pulsar repetidamente el timbre.

Inés caminó por unas calles que a pesar de serle familiares le costaba reconocer. El sol se ocultó tras las paredes. Al doblar una esquina divisó el bar, obsoleto, oscuro. No tuvo que acercarse para entrever en una mesa a un cliente con la vista perdida en un vaso de vino. Es él, se dijo. Desde niña lo recordaba así. Si le tenían que dar un recado, había que bajar a buscarlo al bar. Allí lo encontraba entre un rimero de hombres que alzaban la voz y blasfemaban. A ella le daba pavor entrar en aquel tugurio, pero lo que más temía era descubrir ese rostro servil que buscaba desesperadamente la aprobación de sus camaradas. Él no dudaba en invitarles o en alardear comprando entradas para el fútbol o los toros, lo que fuera con tal de suscitar una efímera admiración; un dispendio de dinero que en casa causaba estragos.

Entró en el bar. Un camarero al que no conocía se entretenía arreglando un enchufe. Inés avanzó hacia la mesa y tomó asiento. El hombre no supo reaccionar, como si la presencia de Inés fuera lo último que esperaba.

—Te noto más delgado.

El hombre bajó la mirada y la detuvo en el estuche.

—Sigues tocando la guitarra...

—Me gano la vida con ella, ¿no lo recuerdas? Hoy precisamente he interpretado una de las piezas que compuse antes de marcharme de aquí.

El hombre agarraba fuerte el vaso de vino para que no se le notara que le temblaba el pulso. Su voz era dócil.

—¿De qué va la pieza?

—De que incluso las personas más fuertes terminan por romperse.

De súbito, el hombre alzó la mirada.

—Lo dices por tu madre, ¿verdad?

Inés sintió cómo una pátina helada le cubría la piel. Los ojos del hombre habían brillado con el tenue fulgor de un faro lejano. Por un instante, Inés vio a esos ojos, entonces de niño, presenciar un mundo hostil e implacable, ojos que crecían en la humillación, en la incertidumbre. Ojos que buscaban que lo llevaran de la mano, y que, por una vez, encontraron la suerte: una mujer y esposa que hasta su último hálito se partió el pecho por sacarlos adelante. Y él, sabedor de los compromisos irrenunciables que obligan a los humildes, jamás en vida se lo agradeció. Ahora, esos ojos hundidos, vidriosos, anegados en alcohol reconocían que no había sido torpeza, sino la fatua arrogancia de quien no se siente digno y a toda costa intenta disimularlo. ¿Se merece el perdón aquel que sabe que ya es tarde para remediar el pasado?

Inés lo cogió de un brazo.

—Vamos a casa, papá. Hoy te preparo yo la cena.

—Fin—